

PREFACIO

Son pocos los cambios históricos radicales y espectaculares. Mucho más frecuentes son los cambios discretos, graduales, inadvertidos al principio y que cobran visibilidad *a posteriori*. Margarita Dalton nos habla en el presente libro de uno de esos procesos de cambio profundo cuyo impacto sólo lo veremos plenamente dentro de varios decenios. Un cambio discreto pero estructural: el de la entrada de las mujeres en el escenario de la política municipal en Oaxaca, uno de los estados más tradicionalistas de México. Entre 1998 y 2004, 22 mujeres ocuparon el cargo de presidente municipal; 22 de 570 municipios, es decir, menos de 4% de las presidencias municipales de la entidad. La cifra parece anecdótica, insignificante, pero el salto es excepcional una vez ubicado en la larga trayectoria histórica de la política oaxaqueña. Nunca antes tal número de mujeres llegó a ocupar el cargo más alto en la jerarquía municipal. Sólo una o dos personas del género femenino lograron tal hazaña en décadas previas. El Poder Ejecutivo municipal en Oaxaca, como en la mayor parte del país, ha sido siempre reservado para los hombres. Es por ello que la presente obra constituye una contribución esencial al estudio de la política mexicana. Su objeto es, precisamente, entender las circunstancias que han permitido este cambio, discreto pero profundo, y su impacto a largo plazo sobre la manera de concebir y ejercer el poder local. Pero, ante todo, el relato tiene la virtud de rescatar la visión de las protagonistas de tal innovación: las presidentas municipales. Sus voces se dejan

TEPJF

escuchar a lo largo de esta obra en toda su vitalidad, su emoción, su duda, su realismo, su contradicción y... su humanismo.

Este libro no es uno más sobre el heroísmo de las mujeres, su excepcionalidad y su superioridad sobre los hombres. No, al contrario, es una obra que logra situar a cada una de las presidentas en su contexto, en su realidad. También restituye la trayectoria personal y la identidad individual de cada una de estas mujeres, que son excepcionales porque les tocó romper con muchos de los tabúes y de los obstáculos que una sociedad profundamente patriarcal y machista les había impuesto. Las protagonistas de este relato no son seres superdotados, no son heroínas de una lucha milenaria por la liberación de la mujer, y mucho menos son feministas en el sentido de ser militantes de una causa política previa a su experiencia en el gobierno municipal. Simplemente son hijas, hermanas, esposas y madres que han jugado, en su mayoría, el rol que la sociedad les ha atribuido. Esto no quiere decir que no hayan tenido experiencias previas de liderazgo (¡parte de la que significa educar a los hijos y velar por el bien de la familia, casi siempre, solas!); algunas de ellas han participado en acciones colectivas fuera del hogar, en el sindicato de maestros, por ejemplo. La mayor parte, sin embargo, ha aprendido de manera indirecta algunos de los trucos de la política, ya sea porque sus padres, maridos o hermanos han tenido un papel importante en la política local o porque, como perspicaces observadoras, han sido testigos de las maneras de gobernar en sus respectivos pueblos. Pero nada, en realidad, las ha preparado lo suficiente para enfrentar una función ejercida, desde siempre, en clave masculina. El aprendizaje, a veces doloroso, se ha hecho en la práctica.

He ahí otro de los valores del libro: no sólo es un ejercicio de análisis socioantropológico, lo cual tiene en sí mucho mérito, sino que es un testimonio de la experiencia política de las presidentas oaxaqueñas y de la impronta que han dejado en el quehacer político local. Después de su paso por las presidencias de sus respectivos municipios, el manejo del poder ya no ha sido el mismo... quizás eso no se haya notado al principio, pero, sin duda alguna, la experiencia del gobierno femenino ha quedado en la memoria colectiva y es una alternativa plausible y legítima para las futuras generaciones. Seguramente falta mucho aún para que las mujeres en el gobierno puedan ser consideradas como iguales y, a la vez, diferentes a los

hombres, es decir, como iguales en derechos y capacidades, pero diferentes en la manera de ejercer el poder. Es muy probable también que esa diferencia se deba a la exigencia mucho mayor que se tiene hacia las mujeres en los gobiernos municipales oaxaqueños. En efecto, deben demostrar constantemente que son capaces, que pueden desempeñar un cargo público y no sólo son aptas para tareas domésticas. Eso las lleva a esmerarse, a esforzarse más que cualquier hombre sobre el cual no se tienen esas dudas fundamentales. En consecuencia, las presidentas —a pesar de haber sufrido ataques por parte de personas (generalmente hombres) que vieron su poder y sus intereses afectados— han demostrado tener aptitudes particulares para escuchar, atender a todos de igual manera, apaciguar los ánimos, negociar, no emborracharse, no robar, etcétera. Habilidades o cualidades que facilitan e incluso mejoran el ejercicio del gobierno.

Al mismo tiempo, y ahí yace la paradoja que revela Margarita Dalton, esas cualidades son derivadas del rol que se espera tradicionalmente de una mujer. Quizás ello delate aún la imposibilidad de ver a la mujer como igual al hombre en todo, incluso en la posibilidad de ser corrupta y pendenciera. Por lo pronto, las presidentas han dejado una huella indeleble en su paso por el poder municipal. Han demostrado que se podía gobernar de otra forma, independientemente de que se sea mujer u hombre. El hecho mismo de que no hayan estado atrapadas en las clásicas componendas políticas de camarilla o de clientela, por ser *outsiders*, les ha permitido hacer cosas que pocos hombres se hubieran atrevido a hacer. Así pues, en general, han gobernado de manera menos autoritaria, innovando en mecanismos de participación comunitaria en la planeación y la implementación de políticas públicas, integrando más las agencias o rancherías en el gobierno municipal, dándole más importancia a políticas de salud, de educación o de desarrollo sustentable, en lugar de los tradicionales gastos suntuarios (palacios municipales, canchas, vehículos oficiales, etcétera).

Margarita Dalton ofrece al lector una obra que combina el rigor académico con la riqueza etnográfica y la sensibilidad del testimonio. Pone en evidencia las representaciones sociales dominantes sobre el rol de las mujeres, y el de los hombres sobre la distinción entre lo privado como dominio natural de la mujer y lo público como ámbito predilecto del hombre; resalta los factores estructurales que han llevado a las mujeres a transgredir la

TEPJF

división del trabajo social (a menudo muy a pesar de ellas), como la migración y la violencia. Se trata, pues, de un libro que captura de manera aguda las transformaciones profundas —económicas y culturales— que afectan a la sociedad oaxaqueña contemporánea. Pero, además, nos proporciona una análisis pormenorizado de las “costumbres” políticas oaxaqueñas, de las maneras de gobernar y de la trayectoria *sui generis* de la democracia en esta región sureña de México.

David Recondo